

B345

B32



FC
VALVERDE Y TELLEZ



FC
VALVERDE Y TELLEZ

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

PRIMERA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS

§ I. PRÁCTICAS DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS.

La piedad es todo en el hombre. (BOSSUET.)

Dios nos ha hecho á semejanza suya, esto es, racionales, para que podamos conocerle como la verdad infinita y amarle como á la inmensa bondad. (FENELON.)

A vosotros os gusta la alegría, el reposo, el placer: yo he probado todo eso, y no encuentro alegría, reposo ni placer mas que en servir á Dios. (MADAMA DE MAINTENON.)

La religion consuela al hombre en la desgracia y derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida. (B.)

¡Cosa admirable! La religion cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, es al mismo tiempo nuestra dicha en este mundo. (MONTESQUIEU.)

San Vicente de Paul.

[1576-1660.]

San Vicente de Paul nos presenta el ejemplo mas hermoso de las virtudes cristianas, pues no solamente las practicó todas con admirable fervor y con una abnegacion heroica, sino que hacia amarlas y practicarlas á cuantos le trataban, abrazando todos los corazones con el mismo divino amor que á él le animaba.

MORAL PRÁCTICA.

000828

La vida de este ilustre sacerdote frances fué una cadena no interrumpida de buenas acciones. Apresado cuando jóven por los piratas de Túnez y vendido como esclavo á un renegado, llenó de un verdadero arrepentimiento el alma de su amo, le convirtió é hizo que él mismo le restituyera á Francia. Siendo capellan de galeras descubrió un dia que uno de los presidiarios habia sido injustamente condenado; y para reparar esta injusticia humana, el buen sacerdote se puso él mismo la cadena de ese desventurado hasta que obtuvo su libertad. Recorrió toda la Francia visitando los presos y los enfermos, y fundando cofradías de caridad en todas partes. Establecióse por último en Paris, desde donde su celo continuó haciéndose sentir por todo el ámbito de Francia. Fundó la congregacion de los *sacerdotes de la mision*, destinados á instruir á los campesinos y á formar clérigos en los seminarios; creó la admirable institucion de las *Hermanas de la Caridad* para asistir á los enfermos pobres; fundó las *casas de expósitos*, donde son recogidas esas miserables criaturas, á cuya subsistencia no pueden subvenir los padres á causa de su miseria, y que yacian abandonadas en las calles ántes que el virtuoso sacerdote se encargase de proporcionarles un asilo. Fundó tambien hospicios para los ancianos.

Sán Francisco de Sales.

[1567-1622.]

Cuando San Francisco de Sales fué nombrado obispo de Ginebra¹, resolvió consagrarse enteramente á sus deberes episcopales. Encargóse, pues, de asistir personalmente á pobres y enfermos, y su celo no descuidó medio ni esfuerzo alguno para restituir á la verdadera fe las ovejas de su diócesis que se habian descarriado de la Iglesia católica.

1. Aunque tenia el título de obispo de Ginebra, no por eso podia residir en esta ciudad protestante: la sede

episcopal se habia establecido en Annecy, ciudad de Saboya, situada á 27 kilómetros de Ginebra.

Persuadido de que la voz del primer pastor era el medio mas eficaz para inducir al bien las almas extraviadas, se dedicó con este fin á visitar todas las parroquias de su jurisdiccion, resuelto á no interrumpir jamas tan útil ejercicio. Recorria con inauditos trabajos las montañas de Saboya, andando á pié por desiertos espantosos, reducido las mas veces á dormir sobre un monton de paja en las humildes cabañas de los pobres montañeses, obligado á trepar por rocas escarpadas y á salvar horribles precipicios, hablando á todo el mundo con una bondad capaz de enternecer aun á las mismas fieras: participaba de las penas y necesidades de los pobres, les ayudaba en cuanto le era dable, y hasta se le vió despojarse de una parte de sus vestidos para abrigar con ellos á los menesterosos cuando no tenia otra cosa con qué socorrerlos.

Los principales habitantes de un valle de los Alpes fueron á buscarle un dia para decirle que unas rocas despeñadas de las montañas habian aplastado muchas habitaciones, sepultando bajo sus ruinas gran número de desgraciados y los rebaños, que eran la riqueza del país: añadieron, que á pesar de haber quedado reducidos á la indigencia por esta catástrofe, no habian podido lograr que se les eximiera del pago de las contribuciones, y le suplicaron se dignara enviar á aquellos parajes á uno de sus vicarios generales para que reconocido el estrago, intercediese con el gobierno en favor suyo. Ofreció Francisco partir con ellos al instante para aliviarlos en cuanto pudiese; y habiéndole hecho presente los comisionados, que si bien el valle distaba apénas tres leguas de allí, era intransitable el camino, el santo obispo les respondió: « Vosotros habeis podido venir. — Es verdad, le replicaron los montañeses, pero nosotros somos unos pobres acostumbrados á este ímprobo trabajo. — Pues yo, hijos míos, soy vuestro padre, y tengo el deber de proveer por mí mismo á vuestras necesidades. » Partió, en efecto, con ellos, y despues de emplear un dia entero en andar las tres leguas, halló una poblacion inconsolable y en la mayor miseria. Mezcló sus lágrimas con

las de aquellos infelices, les alentó con sus exhortaciones, les dió todo el dinero que llevaba consigo, escribió por ellos al gobierno, y consiguió lo que pedían. Esta diligente caridad, secundada por una elocuencia tan rara, produjo en todas partes maravillosos efectos.

1
19
Acababa de ganar un pleito de consideracion contra varios habitantes de su diócesis, litigio que sostuvo porque se trataba de los intereses de la Iglesia, los cuales no le era dable abandonar: su mayordomo queria que exigiese rigurosamente de sus contrarios el pago de todas las costas: «Libreme Dios, respondió el digno prelado, de tratar á nadie así, cuanto ménos á mis diocesanos.» Insistió el mayordomo haciéndole notar que las costas ascendían á una suma no despreciable, y Francisco le preguntó: «¿Y en cuánto avaluáis los corazones que acaso me haya enagelado esta litis? Para mí son inapreciables.» En el acto envió á buscar á sus adversarios y les declaró que estaban en paz con él por las costas y gastos á que les habia condenado el tribunal.

La generosidad del prelado ponía de muy mal humor al mayordomo, quien hallándose á veces muy apurado para atender á los gastos domésticos, se quejaba amargamente á su amo y le amenazaba con abandonarle. Pero Francisco le respondía con su acostumbrada dulzura: «Teneis razon; soy incorregible, y lo peor es que lo seré siempre, segun parece.»

Retirábase confuso el mayordomo y solía decir á los demas sirvientes del palacio episcopal: «Nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo será el primero que va ya si no se enmienda.»

San Cárlos Borromeo.

[1538-1584.]

Cárlos Borromeo, oriundo de una ilustre familia de Milan, contaba apenas veinte años cuando su tío materno fué elegido papa bajo el nombre de Pio IV. Este suceso, que le

abria la mas brillante carrera, no despertó en él ni orgullo, ni ambicion. Aunque su tío podia elevarlo á un alto puesto en las dignidades mundanas, fiel al deseo que habia manifestado desde su mas tierna edad, se ordenó *in sacris*, es decir, recibió las órdenes sagradas, á lo cual no se opuso su tío, aunque sí le sorprendió la determinacion.

Por grande que fuese la modestia de Cárlos, él no pudo sustraerse á los honores que merecia. Sin embargo de que era tan jóven, fué nombrado cardenal, arzobispo de Milan, y tal era la confianza que le inspiraba á su tío, que puede decirse que era el jóven Cárlos quien gobernaba la Iglesia. A su prodigiosa actividad se debe la conclusion de los trabajos del concilio de Trento, que arregló con tanta autoridad la disciplina eclesiástica.

35
Terminada esta tarea, resolvió Cárlos consagrarse únicamente al cuidado de su diócesis. Milan, que amaba y admiraba ya á su primer pastor, le hizo el mas brillante recibimiento, erigiendo arcos de triunfo á cada paso en el camino por donde entró. Animo varonil y perseverante, caridad tierna y compasiva, poder inflexible en el bien, voluntad incontrastable de la fe, modelo encantador de paciencia y de bondad, abnegacion generosa que rayaba en heroismo: tales fueron las cualidades que desplegó constantemente.

Hacia ya mucho tiempo que los arzobispos de Milan no residian sino como por excepcion en su diócesis; ausencia que habia producido una relajacion deplorable en la disciplina. Cárlos restableció el orden y la regularidad, mediante sus perseverantes esfuerzos y principalmente con su buen ejemplo

Mas severo consigo mismo que con los demas, se imponía las mas duras privaciones, comiendo con suma parsimonia y durmiendo sobre una tarima; y aunque era naturalmente muy inclinado al sueño, se pasaba estudiando la mayor parte de las noches. Si se le instaba para que tomara algun descanso á fin de reponer sus fuerzas, contestaba citando el ejemplo de su tío Santiago de Médicis, cé-

lebre capitán que no se acostaba nunca, dormía poco, y esto apenas sentado: «¿Por ventura, decía, no puede hacer otro tanto un obispo, sobre todo cuando tiene que luchar contra los enemigos de nuestra salvación?»

Su paciencia para soportar el rigor de las estaciones era increíble. Como se tratase de calentarle un día la cama, dijo con sonrisa á la criada: «El mejor medio de no hallar el lecho frío, es el acostarse uno más frío que él.» En vano le exhortaban para que moderase sus grandes austeridades, pues respondía que la vida austera no podía ser nociva á la salud, y que era menester cuidar del alma con preferencia al cuerpo.

Era tan dulce é indulgente para con los demás, como duro y severo consigo mismo, siendo el primero en disuadir á sus clérigos de los ejercicios de mortificación á que él se entregaba y que ellos no habrían podido soportar.

Sus bienes de fortuna eran cuantiosos, pero su generosidad y su munificencia eran aun mayores. Sus abundantes limosnas aliviaban todas las miserias y se anticipaban á socorrer las necesidades. Nada reservaba para sí. Los colegios, escuelas, seminarios, fuentes públicas, hospitales é iglesias que hizo construir, subsisten aun en Milán y en otras ciudades, y son monumentos de una munificencia tan ilustrada cuanto caritativa.

Hacia con frecuencia visitas pastorales á los diversos cantones de su diócesis, algunos de los cuales son montañosos y de difícil acceso, padeciendo en sus excursiones muchos trabajos, porque no vacilaba en acudir á los sitios más inaccesibles, sobre todo si había de hallar en ellos algún desgraciado á quien amparar, algún oprimido á quien defender. Donde el camino lo permitía, iba á caballo, pero en los parajes montañosos andaba muy á menudo á pié, apoyado en un bordon, con ramplones en los zapatos para no caer en los precipicios. A veces, para trepar por las rocas escarpadas, se agarraba de ellas con piés y manos, llevando á cuestras una parte de su equipaje para aligerar la carga á sus criados.

Hé aquí un hecho que prueba la bondad de su alma y los peligros á que se exponía en sus visitas pastorales. Queriendo un día visitar indispensablemente unas miserables chozas perdidas en las montañas, se separó de los suyos, tomó un guía y se encaminó solo con él á la aldea. Para llegar á ella había que atravesar un torrente, cuyas aguas habían crecido á causa de las lluvias y que bajaba impetuoso de la sierra: propúsole el guía echárselo á cuestras, á lo que accedió el prelado, pero una vez á la mitad del torrente, el guía, fuese por torpeza ó por cansancio, le dejó caer, y en vez de alargar el brazo para ayudarle, retrocedió, llegó á la orilla y echó á correr. Aunque enredado Carlos en su hábito episcopal, luchó contra las aguas, muy altas en aquel sitio, logró salir del torrente, y llegó empapado á una habitación vecina. Inmediatamente hizo buscar al guía, y lejos de reconvenirle, le tranquilizó y le dió una gratificación. Hoy día se muestra aun el paraje donde tal accidente acaeció.

Combatiendo los desórdenes que reinaban en su diócesis, necesariamente tenía que grangearse enemistades al buen prelado y provocar resistencias. Hubo algunos frailes perversos que consideraron lícitos todos los medios para sustraerse á la reforma, y no retrocedieron ni ante el asesinato. Uno de ellos, de nombre Farina, se apostó un día á la entrada de la capilla del arzobispado, cuando estaba rezando el cardenal, y le disparó un arcabuzazo. Al sentirse herido Carlos, hizo esta exclamación: «¡Dios mío! ¡Creador mío! te ofrezco el sacrificio de la vida que me has dado, y te rindo gracias si la pierdo en defensa de la justicia!» No había recibido, sin embargo, más que una fuerte contusión, pues la bala, aunque lanzada casi á quemarropa, no penetró en el cuerpo, y cuando le desnudaron no le hallaron sino una leve hinchazón, que más bien que una herida, era una muestra del riesgo que había corrido.

Toda la población acudió en tropel al palacio del prelado para manifestarle su profunda simpatía, y á la iglesia

para dar gracias á Dios por haber librado á tan digno ministro. El gobernador de Milan le ofreció una guardia, pero Cárlos respondió: «No, las oraciones que por mí se rezan me protegen mas que un regimiento entero.»

Farina expió su atentado, no obstante las ardientes instancias del prelado para que se le concediese gracia.

No fué esta la única vez que se conspiró contra la vida de Cárlos. Un pariente suyo fué á verle un dia y le enseñó cartas de un obispo de una diócesis vecina, en las que este prelado le avisaba que se habia urdido una trama contra la vida del cardenal; al oír esto, toma Cárlos los papeles con no fingida indiferencia, y los arroja al fuego sin leerlos, diciendo en seguida á su pariente: «Os agradezco el aviso, pero no quiero saber los nombres de los que contra mí abrigan dañadas intenciones: dentro de un momento voy á ofrecer el santo sacrificio, y no quiero que durante él vengan á turbarme pensamientos de odio.»

Cuando iba á Roma á la eleccion de papa, no cesaba de repetir á sus colegas que los príncipes de la Iglesia debian distinguirse no ménos por sus virtudes que por sus dignidades, y les decia: «Cada vez que contemplo este vestido encarnado, su color me recuerda que debo estar siempre preparado para derramar mi sangre por la gloria de Dios y en provecho de mis hermanos.»

La terrible epidemia que alligó á la ciudad de Milan presentó á Cárlos vastísimo campo para ejercer su heroica caridad.

Hallándose ausente cuando el mal apareció, regresó sin tardanza á la poblacion, de donde habian huido los ricos, los nobles y los magistrados. En balde algunas personas quisieron disuadirle: «No, les respondió, el buen pastor da la vida por sus ovejas.»

El azote era tan terrible, era tan grande el terror, que nadie tenia valor para asistir á los enfermos, y la emigracion iba creciendo por momentos. Logró Cárlos serenar algun tanto los ánimos, contener la fuga de los habitantes y avivar el celo de los que podian socorrer á los enfermos;



Peste de Milan.

dictó reglamentos, adoptó acertadas medidas de policía y ejerció él solo la autoridad en una ciudad que los magistrados civiles y hasta los jefes militares habian abandonado.

Llegó el invierno y acrecentó los horrores de la situacion; era excesivo el frio y considerable el número de pobres que carecian de pan, de lumbre y de abrigo. La muchedumbre se agolpó llorando al palacio arzobispal, é invocó á Cárlos como su único amparo en aquella angustiosa situacion. Semejante espectáculo conmovió profundamente el corazon de Cárlos. Pero, ¿qué podia hacer el buen prelado? Habia vendido ya sus muebles, su vajilla y repartido el producto entre los menesterosos. Repasó de nuevo lo que le quedaba en palacio, quitó todas las colgaduras, alfombras, tapetes, sábanas, mantas, todo cuanto halló; distribuyó lo que podia servir para hacer vestidos, y llegó hasta dar los suyos propios, no conservando sino el que llevaba puesto.

Durante los quince meses que duró esta epidemia, de la cual murieron 18,000 personas en Milan y 8,000 en el resto de la diócesis, no se entibió ni por un momento el celo de Cárlos, quien permanecia dia y noche en medio de los pacientes. Serian menester muchos volúmenes para referir minuciosamente todos los actos de su inagotable caridad, sin que sea dable decir si debe admirarse mas la perseverancia en sus sacrificios ó esa multitud de trabajos que apenas es creible que un solo hombre haya podido llevar á cima.

No contento con prodigar su vida en provecho de sus conciudadanos, procuraba alentarlos, implorando la misericordia celestial, con actos de piedad y penitencia. Yendo en una procesion pisó un grueso y agudo clavo que le traspasó el pulgar y le hizo saltar la uña, porque no miraba donde ponía los piés. Este doloroso accidente no le impidió continuar su camino, y á pesar de las prescripciones de los médicos no quiso guardar cama ni un solo dia. Tanto era el afan que sentia de acudir á donde le llamaba su obligacion.

Cesó por fin la plaga, y Cárlos comenzó de nuevo sus visitas pastorales, en una de las cuales cayó enfermo y fué preciso volver á llevarle á Milan. Inútilmente le rogaron que se cuidase, pues la única comodidad en que consintió para modificar su género de vida, fué la de poner un poco de paja en el tablado que le servia de cama.

Al sentir que se acercaba su fin, no pensó ya mas que en prepararse á morir como cristiano; recibió los últimos sacramentos con la mayor serenidad, y el 3 de noviembre entregó su alma á Dios pronunciando estas palabras: *Ecce venio*¹.

El pueblo, á quien tanto bien habia hecho, vió una calamidad pública en su muerte, y veinte años despues el sumo pontífice le colocó en el número de los escogidos de Dios que invoca la Iglesia.

La gratitud pública erigió á san Cárlos Borromeo una estátua en la villa de Arona, su cuna, situada en las márgenes del lago Mayor. Desde allí se extiende la vista sobre el hermoso lago y las deliciosas islas llamadas Borromeas, que pertenecen aun á su familia, cuales son: la *isola Madre*, formada de siete terraplenes, en el último de los cuales se alza un castillo, y que se elevan unos encima de otros, vestidos todos de aloes y naranjos; y la *isola Bella*, que presenta una vista mágica con sus diez terraplenes que forman escalones y le dan la forma de una pirámide entapizada de jardines, embalsamada por los perfumes del azahar, del jazmin y de otras flores tan raras como hermosas.

La estátua colosal del santo, colocada á la orilla del lago sobre una colina, parece sonreir ante ese hechicero aspecto de la naturaleza: tiene veintidos metros de alto, y el pedestal quince; los piés, las manos y la cabeza son de bronce; el resto se compone de láminas de cobre muy espesas; lo interior es una masa de piedra destinada á darle solidez. Una escalera labrada por entre el ropaje permite subir hasta la cabeza del coloso, la que, agujereada en varias

1. Héme aquí que vengo.

partes, facilita á algunos curiosos el ridículo entretenimiento de oír por los oídos de la estátua, respirar por sus narices y ver por sus ojos.

La actitud del santo es á un mismo tiempo noble y sencilla. De pié, descubierta la cabeza, vestido de cardenal, tiene un libro abierto en la mano izquierda, y la derecha, tendida hácia el lago, parece que está echando la bendición á aquella tierra, donde no se borrará jamas el recuerdo de sus virtudes.

El Cura de Aldea.

Hay en cada aldea un hombre que sin familia propia pertenece á la familia de todos, á quien se llama como testigo, consejero y agente en los actos mas solemnes de la vida civil; que recibe al hombre al salir del seno de su



madre y no le abandona mas que en el sepulcro; que bendice su cuna, el tálamo nupcial, su lecho de muerte y su tumba; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, á venerar y á temer, á quien los desconocidos mismos llaman *padre* y á cuyos piés van los cristianos á depositar sus mas íntimos secretos; un hombre que es el consuelo y alivio de todas las miserias, así del alma como del cuerpo.

el mediador nato entre la riqueza y la indigencia; á cuya puerta van á llamar el rico y el pobre alternativamente; aquel para depositar en sus manos una limosna secreta, éste para recibirla sin avergonzarse; un hombre, en fin, que todo lo sabe, que tiene derecho de decirlo todo y cuya palabra cae desde lo alto sobre las inteligencias y los corazones con la autoridad de una misión divina. Ese hombre es el cura.

Admirable es la misión del cura como moralista. El cristianismo es una filosofía divina escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de Cristo; y como precepto en la sublime doctrina que ha traído al mundo. El precepto y el ejemplo son dos palabras que se hallan unidas en el Nuevo Testamento ó Evangelio que el cura debe tener siempre en la mano, ante los ojos, grabado en el corazón. Un buen sacerdote es un comentario vivo de ese divino libro. No hay verdad moral ni política que no se encuentre en gérmen en un versículo del Evangelio.

La enseñanza del sacerdote debe ser como la de Cristo, en acciones y palabras; su vida ha de ser, en cuanto la humana flaqueza lo permite, la explicación sensible de su doctrina, es decir, una palabra viva. La Iglesia le ha puesto allí mas bien como ejemplo que como oráculo, pues no hay lengua humana tan elocuente ni persuasiva como la virtud.

El cura es también administrador espiritual de los sacramentos de su iglesia y de los beneficios de la caridad; está en posición de conocer las culpas, el arrepentimiento, las miserias, las necesidades, las angustias de la humanidad; su corazón debe rebosar de tolerancia, misericordia, mansedumbre, compunción, caridad y perdón; su puerta ha de estar abierta á toda hora para el que vaya á despertarle, su lámpara siempre encendida; para él no debe haber estaciones, ni distancia, ni contagio, ni sol, ni nieve, si se trata de ir á absolver y bendecir al pecador moribundo. Porque no debe haber ante él, como no hay ante Dios, ricos ni pobres, pequeños ni grandes, sino hombres, esto es, hermanos en miserias y en esperanzas.

Como hombre, el cura tiene que cumplir asimismo algunos deberes puramente humanos é indispensables para mantener la buena reputacion de su ministerio. Retirado á su humilde habitacion, á la sombra de su iglesia, rara vez debe salir de ella. No le está vedado tener una viña, un jardin, una huerta, ó un pedazo de tierra, cultivarle con sus propias manos y crear animales domésticos para su recreo ó utilidad, como una vaca, por ejemplo, una cabra, unas aves, algun pajarillo, y sobre todo el perro, ese amigo del hogar doméstico, que no abandona nunca á los que el mundo olvida y que necesitan que álguien los ame. El buen párroco debe alejarse poco de este asilo del trabajo, del recogimiento y de la paz para mezclarse en las turbulentas reuniones del vendedario; solo en algunas solemnes ocasiones le es dado enlabiar la copa que le ofrezca la suntuosa hospitalidad de los afortunados del siglo. El resto de su vida ha de pasarlo en el altar, en medio de los niños, á quienes enseña á balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas elevada filosofía; ó bien entregado á serios estudios, rodeado de libros, que son la sociedad muerta del solitario. Por la tarde, cuando toma el sacristan las llaves de la iglesia, cuando se ha oido el toque de oracion en la aldea, puede verse en ocasiones al buen párroco al pié de los manzanos de su vergel ó por las sendas elevadas de la montaña, respirando con el breviario en la mano el aire suave de los campos, ora parándose para leer un verso de las poesías sagradas, ora mirando al cielo ó al horizonte del valle, y volver luego á bajar con paso lento, sumido en la santa y dulce contemplacion de la naturaleza y de su autor.

Hé ahí su vida y sus placeres; sus cabellos encanecen, eleva el cáliz con manos trémulas, su voz debilitada no colma ya el santuario con sus acentos, pero resuena aun en el corazon de su rebaño. Muere, y una losa sin nombre indica el puesto que ocupa en el cementerio junto á la puerta de su iglesia. ¡Hé ahí una vida que se extinguió! ¡Hé ahí un hombre olvidado para siempre! Empero, ese

hombre ha ido á descansar á la eternidad, donde su alma ya se habia anticipado á habitar, y ha hecho en la tierra lo mejor que podia hacer; pues continuó un dogma inmortal, sirvió de eslabon á un inmensa cadena de fe y de virtud y legó á las generaciones futuras una creencia, una ley, un Dios. (LAMARTINE.)

Balmaseda.

Entre los bienhechores de la humanidad ocupa un lugar muy distinguido el presbítero D. Francisco Balmaseda. Nació este santo varon en Santiago de Chile el dia 2 de octubre de 1772.

Despues de haber aprendido las primeras letras, hizo sus estudios superiores en el colegio de San Carlos, donde su aplicacion, juicio i talento, le merecieron una corona literaria con que él no quiso adornar sus sienas.

Jóven ya, resolvió entrar de lego en el convento de San Francisco, para que su madre distribuyese su patrimonio en obras de beneficencia, y fué necesario valerse de su confesor á fin de apartarle de este propósito. Dominado siempre por el pensamiento de consagrarse al bien de la humanidad aflijida, abrazó mas tarde el estado eclesiástico y fué iniciado en el presbiterado por el Ilmo. Sr. Maran.

El hospital de mujeres de San Francisco de Borja le mereció los mas solícitos cuidados: cedió á él todas sus riquezas, é hizo de capellan del mismo establecimiento. Por su mano servia el caldo á las enfermas, permaneciendo entretanto de pié con los brazos cruzados delante de sus camas.

Habiendo entregado un dia al tesorero del hospital unos muebles que le quedaban y hasta las cucharas de su mesa, para que remediase cierta necesidad, aquel caballero, lleno de admiracion, le dijo: « Pero, señor don Francisco, esto es demasiado; » á lo cual contestó él con esta original pregunta: « Señor tesorero, ¿cuando tomó V. una esposa, le reservó algo de lo que poseia? Pues asimismo, yo tambien,

me he desposado espiritualmente con estas pobrecitas; déjeme V. darles cuanto tengo.»

En el desempeño de sus funciones sacerdotales era Balmaseda sumamente puntual y severo. Todos los días se levantaba al amanecer, rezaba sus oraciones y se dirigía á la catedral para decir misa; despues que la celebraba se iba á la sacristía y permanecía allí horas enteras confesando á los pobres y á los niños.

Cerca de catorce años vivió sin mas alimento que un poco de legumbres cocidas con agua y sal. Este santo sacerdote, muy semejante en su ardiente caridad á san Vicente de Paul, murió el 2 de noviembre de 1842 á la edad de setenta años.

El negro piadoso.

[Fin del siglo xviii y principios del xix.]

El ejemplo de un pobre negro, nacido en la esclavitud, va á demostrarnos cómo el deseo de agradar á Dios y de obedecer á las santas leyes del cristianismo puede hacer que la vida mas humilde y oscura, sea fecunda en buenas obras.

Nació el negro Eustaquio en 1763, en la isla de Santo Domingo, en una de las haciendas del señor Belin, y se hizo notar desde muy niño por su amor á la religion y por la práctica de todas las virtudes que ella inspira. En breve se grangeó el aprecio de sus superiores y la consideracion de sus compañeros, hasta el punto que cuando estallaron los primeros movimientos de la colonia⁴ tuvo Eustaquio bastante influjo para salvar á su amo y á muchos propietarios que estaban expuestos al degüello general.

Cuando los negros resolvieron la ruina de los blancos, jurando matarlos á todos, fueron á buscar á Eustaquio y le descubrieron el secreto de la conspiracion creyendo que hablaban con un cómplice. Mas Eustaquio era ante todo

4. Los negros y los mulatos de Santo-Domingo se rebelaron contra las franceses en 1792, y Francia perdió entonces esta rica colonia

hombre de bien que no podia concebir la idea del asesinato con la de la libertad; y así al encontrarse entre sus compañeros armados de teas incendiarias y puñales y ver inminente el asesinato de los colonos, no titubeó un instante. Ni el encono de los negros contra los blancos, ni la comunidad de intereses, ni los lazos de la amistad le arredraron en su resolucion. Acudió donde le llamaban sus sentimientos religiosos, donde habia deberes que llenar, y nunca donde se ensañaba la venganza. Con su activa abnegacion salvó muchísimas víctimas de la suerte que las aguardaba; amparó sobre todo á su buen amo escudándole á cada instante, en cambio de la proteccion que le habia dispensado durante mas de veinte años: ayúdole en medio de inauditos peligros á guarecerse en un buque americano, adonde hizo llevar al mismo tiempo una considerable cantidad de azúcar para preservar al señor Belin de la miseria, y embarcóse con él sin mas pretension que la de servirle modestamente como hasta entónces. Tuvo, en fin, la indecible felicidad de poner fuera de peligro á mas de cuatrocientos colonos.

Pero, ¡qué desesperacion! El buque americano se ve atacado y apresado por un corsario inglés. ¡Dios mio! ¿El señor Belin y sus amigos no se han salvado de la muerte sino para verse reducidos á la esclavitud? No; Eustaquio va á librarles de ella como les libró de la muerte. Miéntras que los vencedores se entregan, sin recelo, al placer de un bullicioso banquete, el astuto Eustaquio les divierte con sus juegos, y aprovechando la seguridad en que se creen, escoge un momento favorable, se arroja sobre ellos y ayudado por los demas cautivos, prevenidos de antemano, les carga de cadenas y todos hacen rumbo para Baltimore, adonde llegan con toda felicidad. Así salvó Eustaquio dos veces á su amo.

Este hombre, nacido entre esclavos y digno de figurar en la primera línea de los ciudadanos libres, no se limitó á dar pruebas de su valor en los momentos del peligro, pues halló aun medios de ejercer su virtud, siempre activa, en

tiempos bonancibles, adoptando todas las formas posibles para satisfacer la infatigable necesidad de heroísmo que devora el corazón de este noble hijo de la América francesa. Así, no contento con haber salvado á sus protegidos, trata de mantenerlos y consagra su tiempo, sus afanes y el producto de su trabajo á auxiliarlos. Por donde quiera que pasa les reparte socorros, consuelos y todo cuanto su bondad puede dar de sí. Hay gente que no vive mas que para soñar males, pero él no existe sino para meditar el bien.

Cuando se creyó que se iba restableciendo el orden en la colonia, se apresuraron á regresar allá el señor Belin, Eustaquio y demas desterrados; pero no bien hubieron desembarcado, cuando supieron la funesta noticia de que 20,000 insurgentes habian establecido su campo en las alturas cercanas á la ciudad. Esta ciudad era el Fuerte-Delfin, ocupado entónces por los españoles, á quienes el señor Belin y sus compañeros pidieron, en vano, armas para defenderse y que por no habérselas dado fueron degollados por los negros que habian salido en tumulto de sus trincheras. El señor Belin trata de huir, pero perseguido de cerca por una cuadrilla de enemigos, hasta la orilla del mar, iba á precipitarse en él, cuando descubre un cuerpo de guardia español, á cuyo comandante se dirige gritando: « ¡Salvadme! » Acuden algunos soldados, le arrancan de entre los asesinos, le meten en el cuerpo de guardia y le visten con uno de sus uniformes: á la vista de este traje se detienen los negros, huyen, y el señor Belin se salva por segunda vez de una muerte casi segura.

¿Qué hacia entretanto su amigo? Separado de él por la muchedumbre, y despues de haberle buscado largo tiempo, el pobre Eustaquio se encomienda á Dios y se esfuerza por salvar á lo ménos del pillaje los restos de la fortuna de su amo. Hábil en sus proyectos, se dirige á la misma mujer del caudillo de los negros para preservar lo que pertenecia al señor Belin; va á la tienda de campaña, donde esa mujer yacia enferma en su lecho, la cuenta lo que acaba de suceder, la interesa en su suerte y la suplica que le ayude á

sustraer á la rapiña de los vencedores, unos baules llenos de objetos preciosos que eran propiedad del señor Belin. Accedió la negra á ello y Eustaquio escondió entónces debajo de su cama, la última riqueza de su amo; corre luego al teatro de la carnicería y busca entre los cadáveres el del señor Belin, que afortunadamente no halla; se informa de la suerte de éste y le dicen que ha logrado escaparse. Vuelve á la tienda á buscar su depósito, carga con él y á fuerza de precauciones y de astucia, logra embarcarse por segunda vez en un buque que va al muelle de San Nicolas, donde se ha refugiado el señor Belin. Llega allá en efecto Eustaquio precedido por la fama de su buena accion, y es recibido como el héroe de las colonias.

Desde entónces se hallaron ya fuera de peligro. A los rasgos de un sublime heroísmo, iban á suceder las pruebas del cariño mas ingenioso. Vivian ámbos en un tranquilo retiro, pero el señor Belin, que era ya viejo, se quejaba de la debilidad de su vista que no le permitia leer. Eustaquio se desconsolaba de no poder hacer mas llevaderas las horas del anciano con la lectura de los diarios. ¡Qué pesar para él y para su amo! Éste se reconviene á sí mismo por no haberle dado, en la infancia, los primeros elementos de instruccion; pero este pesar no durará mucho, y Eustaquio alcanza al don que deseaba. Busca un maestro, y gracias al supremo esfuerzo de su firme voluntad, mas bien que á las lecciones que recibe, Eustaquio se presenta un dia al anciano medio-ciego, con un libro en la mano, y le prueba con el mas tierno ejemplo, que si nada parece fácil á la ignorancia, tampoco hay nada imposible para la abnegacion.

Poco despues perdió Eustaquio aquel á quien habia consagrado su vida, y recibió en su nombre considerables legados, entre otros uno de doce mil francos. Pero la mano que recibia estos tesoros era muy generosa para que los guardase. Eustaquio los consideraba como un depósito que le confiaba la Providencia para aliviar á los desgraciados; así es que pronto se agotaron estas riquezas,